

Temas importantes de las Sagradas Escrituras

Temas importantes de las Sagradas Escrituras /3

Autor: Frédy Gfeller

Temas importantes de las Sagradas Escrituras /3

Por una parte el Dios santo y por otra el hombre pecador... ¿cómo conciliar estas dos partes?

Preguntas semejantes a ésta las encontramos en el libro de Job, cuya historia nos lleva a tiempos muy antiguos:

- “¿Cómo se justificará el hombre con Dios?” (Job 9:2).
- “¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?” (Job 15:14).
- “¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer?” (Job 25:4).
- “¡Ojalá pudiese disputar el hombre con Dios... !” (Job 16:21).

En este mismo libro encontramos una respuesta dada por el Espíritu de Dios por boca del sabio y humilde Eliú: “Si tuviese cerca de él algún elocuente mediador muy escogido, que anuncie al hombre su deber; que le diga que Dios tuvo de él misericordia, que lo libró de descender al sepulcro, que halló redención” (Job 33:23-24).

Desde el principio del Nuevo Testamento, el Espíritu de Dios nos hace conocer a Aquel que es intermediario entre Dios y los hombres, **el Mediador**. No podía ser hallado entre los hijos de los hombres, porque todos estaban mezclados con el pecado: “No hay justo, ni aun uno” (Romano 3:10). Los esfuerzos de esta raza culpable demostraron ser inútiles para producir cualquier mejora. No obstante, Dios quería restablecer una relación entre él y su criatura. El único medio posible era el envío de su Hijo, la venida a la tierra de Jesús, Emanuel, Dios con nosotros.

¿Quién es Jesús?

1. Su **naturaleza divina**: “María... había concebido del Espíritu Santo... porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados... La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” (Mateo 1:18-23). “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purifica-

ción de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:1-3). “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1).

2. Su **naturaleza humana**: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). “Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). “Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte” (Hebreos 2:9). “Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:17-18).

La realidad de la naturaleza humana de Jesús es demostrada ampliamente en los evangelios, y el testimonio que de ella rinden los apóstoles hace que esta verdad sea aún más fehaciente. Sólo queremos añadir tres versículos que indican la perfección absoluta de la humanidad que revisitó a nuestro Señor, pues, si bien participó de carne y sangre, no tuvo la naturaleza pecadora del hombre.

- “Al que no conoció pecado” (2 Corintios 5:21).
- “El cual no hizo pecado” (1 Pedro 2:22).
- “No hay pecado en él” (1 Juan 3:5).

La unión de la naturaleza humana y de la naturaleza divina en una misma persona es un misterio que no nos pertenece analizar. La Palabra de Dios lo declara, nosotros lo creemos y adoramos. Ya los profetas lo habían anunciado, como en este pasaje de Isaías: “Un niño nos es nacido (la humanidad), hijo nos es dado (la divinidad), y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6). Estos diversos títulos demuestran uno a uno la **divinidad** y la **humanidad** de Jesús. Él ejercerá los derechos conferidos por dichos títulos según su poder divino y a causa de su calidad de Hijo del Hombre, según lo que él mismo dijo: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Juan 5:26-27).

La obra de Jesús

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45). Vino para servir a Dios, su Padre, pero también para servir a su pueblo, servirle durante el tiempo del ministerio de su gracia. Venido con la más profunda humildad, to-

mó la forma de siervo (Filipenses 2:7), y estaba en medio de los suyos “como el que sirve” (Lucas 22:27). La perfección de su servicio en favor de los suyos sólo es comparable a la perfección de su abnegación. Este humilde servicio conduce al Señor a lavar los pies de sus discípulos, después de haberse ceñido con una toalla para secárselos. Nada es demasiado pequeño ni demasiado modesto para el Siervo perfecto, cuyo único gozo era cumplir la voluntad de Aquel que le había enviado.

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Juan 10:11). Jesús puso su vida al servicio de los suyos durante su ministerio y, más aún, su vida fue dada “en rescate por muchos”.

Mencionemos, según las Escrituras, diversos aspectos de la muerte del Señor Jesús sobre la cruz del Calvario:

- “El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados” (Gálatas 1:4).
- “Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:5-6).
- “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24).
- “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).
- “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).
- “Cristo... se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14).
- “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (Juan 10:17).

Muchos otros versículos de la Palabra de Dios podrían haber sido citados y todos nos mostrarían los dos grandes propósitos de la muerte de Jesús sobre la cruz: primeramente, la reivindicación de la gloria de Dios según los derechos de su justicia y de su santidad; y simultáneamente, la salvación del hombre y la purificación de su pecado.

El triunfo de Jesús

Por la muerte, él destruyó “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14). En la cruz, él triunfó sobre las potencias tenebrosas, las despojó y las exhibió públicamente (Colosenses 2:15). Al final de las horas del Calvario, antes de entregar su espíritu en las manos del Padre, dijo: “Consumado es” (Juan 19:30). Entra en los dominios de la muerte como vencedor, porque esta fortaleza inexpugnable, guardada por el mismo Satanás, le fue desde entonces con-

ferida: “Quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro” (Salmo 107:16). Nada va a impedir que la muerte devuelva su presa y que la tumba, no obstante la pesada piedra colocada a su entrada, sea abierta y encontrada vacía. “Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:54).

Las pruebas que certifican esta verdad capital son numerosas: “Cristo ha resucitado de los muertos” (1 Corintios 15:20). Este gran hecho es el fundamento de la fe cristiana, por lo cual no nos sorprende que los detractores del Evangelio se hayan ensañado contra esta gran verdad. El triunfo de Jesús no se limita solamente a su propia resurrección: “Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y... saldrán a resurrección de vida” (Juan 5:28-29). Por otra parte, el dominio universal será dado a Aquel que murió en la cruz y resucitó. Numerosos textos de la Palabra nos hablan de este glorioso triunfo. Sin transcribirlos, proponemos al lector que los busque en su Biblia, dejándole la posibilidad de descubrir otros muchos:

- La historia de José (Génesis 37 a 41).
- La historia de Mardoqueo (Ester 5 a 8).
- Los Salmos 2, 8, 21, 22, 24, 45, 110, etc.
- Apocalipsis 19:6-16.

“Los profetas que profetizaron... de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:10-11).